

Juaritos:

rebelarse contra la muerte

Pablo Rojas

Todos tus muert@s

Hace unos doce años, en donde está hoy la colonia Villas de Salvárcar, el desierto llenaba el panorama. Nada. Se le conocía como Lote Bravo, en donde, en los años noventa, fueron arrojadas varias mujeres asesinadas, dejados sus cuerpos a su suerte, en el árido desierto. Hoy, centenares de casitas de interés social ocupan el espacio, muchas de ellas abandonadas, junto a naves de maquiladoras de autopartes, de las que hoy también, algunas se encuentran cerradas.

Aquí, el 30 de enero, fueron asesinados brutalmente 16 jóvenes, casi niños, que participaban de una fiesta.

Murieron en los brazos de sus padres y madres, la mayoría vecinos del fraccionamiento. La mayoría trabajadores de la maquila; la mayoría trabajadores que vinieron de otras ciudades y estados del país a buscar un empleo y un pequeño hogar, pagadero a 30 años.

La existencia de Villas de Salvárcar y el cambio del panorama en el desierto, tiene que ver con la actividad fabril que se extendió hasta ahí. Su abandono, también está relacionado con el cierre de maquilas en Ciudad Juárez y su migración a otros lugares del mundo, dejando tras de sí una estela de devastación.

Asolada y desolada, Villas de Salvárcar se convirtió pronto en el símbolo inequívoco de la violencia estructural de un sistema que arrasa con lo que se encuentra a su paso. Pero también, la masacre de jóvenes se convirtió en símbolo de la rabia e indignación de una sociedad que ha tenido que soportar la violencia, el trabajo precario y la exclusión en lo cotidiano.

Las madres y familiares de los chicos asesinados comenzaron con el grito, un grito que es una continuación renovada de aquel lanzado por las cientos de madres a las que les han asesinado o desaparecido a una hija desde hace ya muchos años y hasta el día de hoy, en esta ciudad fronteriza donde se respira y se siente un peculiar olor a miedo. Ni una más. Hoy se agrega, “ni uno menos”.

Relatan los números fríos una historia que desgarrar: 60 por ciento de los cinco mil asesinatos cometidos en los últimos años en Juárez, corresponden a jóvenes menores de 20 años. Si se cuentan a los que están en la franja de los 20 a los 30, el porcentaje sube casi al 80 por ciento. No hay duda de que en Ciudad Juárez se asesina principalmente a jóvenes. Así es.

Todos tus nombres

Además de la brutalidad del hecho mismo, algo más pasó con el caso de los asesinatos en Villas de Salvárcar, que ha cambiado la percepción de no pocos frente a la violencia y la respuesta de las autoridades: En Salvárcar se nombraron a los muertos. Sus madres dejaron el silencio y no permitieron que sus hijos se convirtieran en un número más. Nombrar a estos muertos en Juárez fue dotarlos de rostro e historia frente a los datos oficiales que omiten sistemáticamente el perfil, la edad, la singularidad de las víctimas. Los aleja del anonimato y el *cifrerío*. Los aleja también del olvido y los hace presentes en bardas, pintas y memoria de los que aquí habitan. Ya lo habían hecho las madres y familiares de las cientos y cientos de mujeres que siguen siendo asesinadas en esta ciudad; pero había pasado poco en los casos en donde había la presunción oficial y mediática de que los asesinados eran *bajas* en una “guerra” desatada contra y entre bandas delictivas.

José Luis y Marcos Piña Dávila fueron baleados hasta el cansancio: José Luis tenía seis impactos en el vientre, otros tres en las piernas, dos en el rostro e innumerables en el brazo con el que seguramente se cubrió la cara. Así lo relató su tía Patricia Dávila, quien no ha descansado desde el 30 de enero pasado. De la maquila al activismo, de la denuncia a la maquila. “Aquí estamos”, dice, y señala que ya una vez que se empezó una lucha, hay que ir hasta el final: “No queremos que esto pase a la historia, no queremos que se olvide”. Y arremete: “Si a los jóvenes los mataron callados, a nosotras las madres nos tendrán que matar hablando”, dice la señora Dávila.

José Luis Piña Dávila no murió inmediatamente como su hermano Marcos. Los dos únicos hijos de Luz Dávila, aquella mujer que se enfrentó al presidente y, luego, en un gesto que ha quedado grabado, le diera la espalda. Su padre llevó a José Luis, de 16 años, hasta la clínica 66 del IMSS que está a unos cientos de metros de la colonia. No lo recibieron.

La nave industrial abandonada que usa el ejército a manera de cuartel está también a unos cinco minutos en automóvil. Los militares tardaron más de media hora en llegar. La policía arribó 50 minutos después de los hechos. Las ambulancias, jamás.

Interludio 1: la rabia

“Nos tienen miedo porque no les tenemos miedo”, grita un grupo de jóvenes frente a las oficinas de la PGR en el DF. Exigen justicia, exigen que los dejen de matar, exigen que el ejército salga de su ciudad.

“Juárez, Juárez no es cuartel, fuera ejército de él...”

“¿Por qué nos asesinan?”

De pronto se tiran en la calle —es la Avenida Reforma— y yacen “muertos” a unos metros de un turibús.

Vienen de Ciudad Juárez y van hacia Ciudad Juárez. Acompañan a las “madres”, a las mamás de hijas desaparecidas, hijos asesinados, hijas e hijos que no están, que estuvieron. Hijas e hijos que en algún momento las autoridades culparon de su propia muerte o desaparición: “estaban metidos en algo”, “se lo buscaron”, “eran pandilleros”, “eran putas”, “eran...”

Están encabronadas. Y tristes, pero sobretodo encabronadas.

Nuevas consignas de una fuerza tremenda salen a la luz: “Si tu familia fuera / ejecutada / no vivirías / en la injusticia / lucha que lucha...”

“Si tú pasas por Juaritos / y ves a un militar / tú le dices que chingue a su padre / que este movimiento no da un paso atrás...”

.....

Mónica Janeth estudiaba en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), su mamá viene en el contingente: “Desapareció hace un año, y no tengo noticias, no sé nada, fui con las autoridades y me dijeron que yo la buscara”. Venir al DF es parte de su lucha “para que no se olvide, que esté presente la desaparición de mi hija, y exigir justicia”.

En esa manifestación “habló el dolor, habló el coraje que tenía que salir —dice Patricia Dávila—, y lo peor es que seguimos viendo muertos y eso nos llena de coraje, de enojo. También agarramos miedo, pero no dejaremos de alzar la voz”.

“Hay una necesidad profunda de gritar, de que alguien nos escuche”, señala Kaori, de Kasa de Cultura para Tod@s y adherente a La Otra Campaña. “Tenemos que ir buscando y abriendo los espacios donde se nos escuche. A tod@s les están desapareciendo a sus hijos. Y se ve ahora cómo las madres se organizan, denuncian y, con esa rabia y dolor, se encuentran”.

.....



En Ciudad Juárez, después de que se oyera fuerte la voz de Luz Dávila enfrente del presidente y su esposa, los estudiantes, activistas y “sociedad civil” no pueden acercarse al hotel en donde se difundirán datos oficiales alentadores. Parece que, en efecto, las autoridades tienen miedo a sus voces, a su rabia. Los macanean, golpean, los arrastran.

La imagen que queda, sin embargo, es la de un jovencito de 15 años con el rostro cubierto y su mano arrojando una piedra a los centenares de policías fuertemente armados que cuidan a Calderón, no de algún sicario, sino de los jóvenes y las madres que exigen justicia. Tienen rabia.

Todos tus agravios

Lo doloroso de la increíble tardanza del ejército en llegar a Villas de Salvárcar, es que su omnipresencia es patente a cada minuto en esta ciudad.

Las historias de agravios por parte del ejército son tantas, que sería imposible relatarlas todas, pero no hay joven o adulto entrevistado que no haya sufrido los abusos y que no tenga miedo de los uniformados. Entran a todas las casas, las revisan, y van con sus “varitas” detectoras de drogas. Encañonan a jóvenes, a adultos; los golpean, los amedrentan, cortan cartucho. Todo esto ha sido documentado y denunciado una y otra vez. No es un capricho nada más, ni sólo una posición política (que también lo es, claro): la exigencia de la salida del ejército es una urgencia, una necesidad de una población que ya no aguanta más.

Juárez está sitiada. Pero hay algun@s que están rompiendo el cerco.

.....

La supuesta guerra declarada al crimen organizado no sólo no ha reducido los actos violentos, sino que, muy al contrario, con datos incontrovertibles, se puede ver que la violencia se ha multiplicado exponencialmente desde que las “fuerzas federales” tomaron por asalto Ciudad Juárez.

Coinciden académicos, periodistas y activistas de Ciudad Juárez en que no existe una guerra entre el Estado y grupos criminales. “Es una respuesta demasiado manida, demasiado sencilla para explicar la violencia en Juárez”, había dicho Víctor Orozco, *Ombudsman* de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), en un encuentro realizado en el Instituto Mora. Esa guerra ficticia nos quiere hacer ver que el problema “se reduce a un combate entre buenos y malos —señala John Ackerman— y aquí lo que hay es un problema estructural”.

Pero otros coinciden en que sí hay una guerra, una otra guerra: “contra los jóvenes, contra las mujeres, contra los pobres”, dicen integrantes del Comité Universitario de Izquierda (CUI), de la UACJ. “Una guerra contra la humanidad, contra toda la sociedad de Ciudad Juárez”, señalan adherentes a La Otra Campaña. “Hay una guerra contra los jóvenes, y nosotros somos sobrevivientes de esa guerra que no elegimos”, dicen chavos miembros del Zyrko Nómada de Kombat. Y agregan: “Somos los afectados directos, nosotros, los jóvenes, en esta guerra contra los pobres, que lo que deja es desempleo, abandono”.

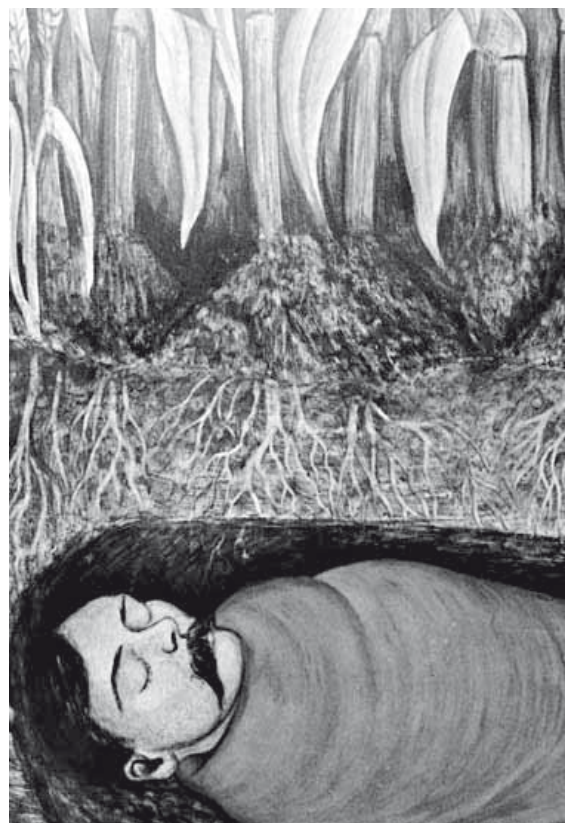
.....

Un estudiante señala: “Si hay cinco mil muert@s, hay cinco mil madres, cinco mil viudas. Imaginemos la cantidad de huérfanos, la cantidad de familias y personas afectadas directamente por esta violencia contra tod@s, de esta violencia generalizada contra la sociedad”.

“Y no se puede olvidar que los feminicidios siguen, lo que pasa es que ya no son nota”, cuentan adherentes. Una estudiante de la UACJ completa: “las mujeres seguimos siendo foco de ataque, y con el ejército más, que tienen bajo acoso constante y extorsiones a las trabajadoras sexuales”.

“Mujeres, jóvenes y pobres, es a quienes están asesinando”, dicen miembros del CUI.

.....



Según datos del IMSS, publicados en la prensa local, de las más de 400 mil plazas en el empleo formal, ocupadas en octubre de 2007, hoy sólo hay 304 mil. Unas 100 mil personas se quedaron sin empleo en los últimos dos años.

En Juárez, el Infonavit reporta que hay 60 mil casas de interés social abandonadas, y que 32 mil familias presentan adeudos en sus pagos por falta de empleo.

Cuatro mil niños han dejado la escuela primaria en este ciclo escolar por la ola de violencia, y otras 200 mil personas dejaron Ciudad Juárez en los últimos dos años para regresar a su lugar de origen, según datos del Congreso local.

A pesar del optimismo de las autoridades, en estos dos meses y medio del 2010, se han cometido 557 asesinatos, y la maquiladora, en cálculos muy conservadores, perdió 16 mil plazas.

El éxodo es masivo. Casas y casas por aquí y por allá están abandonadas. Bares, tiendas y negocios cierran por todos lados. Los que pueden se van a *El Chuko*, como se conoce a El Paso, Texas; los que tienen familia en otro punto del país, emigran; los que no, se quedan.

Tod@s tus jóvenes

La familia Dávila comenzó a alzar la voz después de que se sintieran agraviados por el presidente cuando éste llamó “pandilleros” a sus hijos asesinados. No, no eran pandilleros, eran estudiantes. “Cuando estábamos en el hospital, y nos dijeron que José Luis ya había muerto, los policías que fueron a resguardar el hospital se reían y dijeron: ‘primero deberían corregir a sus hijos, en vez de andar chillando’. Nos dolieron mucho esos comentarios”, dice Patricia Dávila.

“Andaba mal el muchachito, fue por algo”, es la frase que siempre se dice después de que matan a un joven. Cuentan Kaori y Selene, de Kasa de Kultura: “Hay una deshumanización, un maltrato en tu dolor”.

.....

Primero es el agravio. Pero lo que el discurso presidencial está señalando es que la muerte de jóvenes pertenecientes a pandillas, que los hay, está justificada. Más explícito fue un general encargado del “operativo” en Juárez, cuando señaló el año pasado, palabras más, palabras menos, que con cada asesinato que asola a esta ciudad fronteriza, debía pensarse “no en un muerto más, sino en un delincuente menos”.

Y abre otras interrogantes: al principio, se pensaba que las víctimas formaban siempre parte de algún bando en la lucha por la “plaza”. Ahora, sabemos que las víctimas son también, y sobre todo, l@s jóvenes de una ciudad, preferentemente de las barriadas y colonias populares. ¿Cuántos de los “sicarios” muertos en realidad lo eran? ¿Cuántos no fueron nombrados ni reconocidos por miedo?

Y por último, sean o no pandilleros, sean o no sicarios, cuando de muertos se habla, siempre se trata de chicos muy jóvenes que ocuparían el último lugar en la escala de alguna organización criminal. No son ellos los que decidieron iniciar la violencia, no son ellos los causantes de esta escalada que parece no tener fin. Esos chavos, son la carne de cañón que se envía al matadero.

.....

“Para este sistema, los jóvenes salimos sobrando”, dice un hiphopero, integrante del Zyrko Nómada de Kombate, un colectivo de colectivos, cuyas armas son “el arte y la cultura” en todas sus manifestaciones. Su lugar de acción son los barrios de Ciudad Juárez, en donde algunos crecieron.

Él mismo se declara un sobreviviente de las calles, ahí estuvo, desde *morrito* en los barrios donde no hay opciones distintas a las drogas. “Nos tratan como si fuéramos desechables”, dice.

No se trata de un destino manifiesto, ni de una acusación moral, sino de una realidad. Una realidad que desconcierta a quienes quieren ver otro binomio amarrado con hilos delgadísimos: pobreza-delincuencia. No es así. Es al revés: se trata de la criminalización de la pobreza y de la violencia contra los pobres por parte de un sistema que luego los hace responsables y los llama criminales.

Estos jóvenes no emiten un juicio moral sobre el pandillerismo, o los estupefacientes. Hacen un juicio más profundo sobre un sistema que los arrastra y educa de esa manera. “Subvertir esa educación, ese sistema, es lo que nos toca —dice *Lalas*, otro integrante del colectivo—, lograr una emancipación creativa y festiva”.

.....

“Lo que hay aquí para los jóvenes es empleo precario, o desempleo”, señala el académico Héctor Pedraza. Sobre Ciudad Juárez, dice: “Ésta es una ciudad sin infraestructura, no hay espacios públicos, en suma, los jóvenes no tienen opciones para estudiar o trabajar. El problema

aquí no es policíaco, es un problema económico y social”. Pedraza dice: “Las maquilas están cerrando y tiene como trasfondo la migración del capital, no hay trabajo. Y, si te fijas, muchos negocios están cerrando”. En estas condiciones, no es extraño que los jóvenes vayan a donde hay oportunidades. Bajo estas condiciones, “¿cómo no van a entrar los chavos como vendedores de estupefacientes o como sicarios?”. De todas formas, la mayoría de jóvenes, no elige esa opción. Y eso es importante.

.....

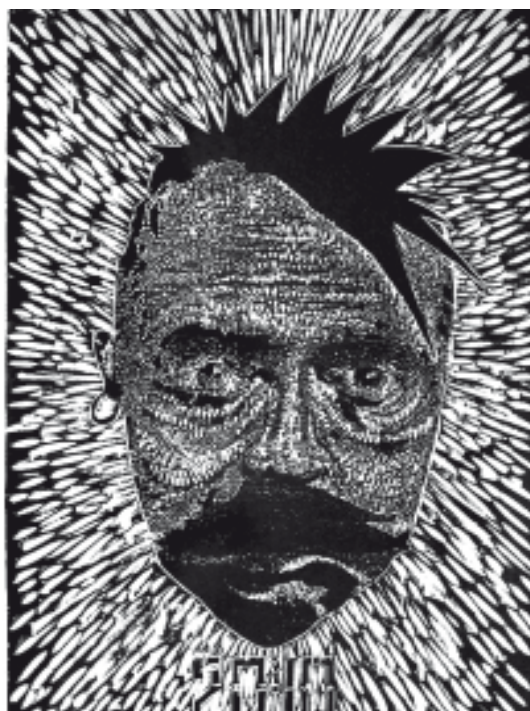
“Hay una guerra contra el pueblo, contra la sociedad, y l@s jóvenes son las principales víctimas”, señalan l@s estudiantes de la UACJ agrupados en el Comité Universitario de Izquierda. “Hay que romper el miedo —dicen— porque un pueblo con miedo no va a hacer nada”. Para ellos, los asesinatos de jóvenes en Ciudad Juárez son parte de “una razzia social”, acompañada del miedo y el terror que el ejército y las fuerzas federales infunden en la población.

Y cuentan cómo ha sido el proceso de lucha en una universidad en donde “no pasaba nada” en cuanto a lucha social: “Empezamos un movimiento estudiantil contra las cuotas que impone la universidad, pero pronto nos dimos cuenta de lo que estaba pasando con los asesinatos de jóvenes”. Varios alumnos de la UACJ han sido asesinados, también algunos maestros. Se acercaron a las mamás de hij@s asesinad@s y algunas de ellas les decían: “Yo era una pasiva y, de pronto, me matan a mi familia”. “¿Es que necesitamos que nos pase eso para reaccionar?”, se preguntan l@s integrantes del CUI.

Ell@s exigen que salga el ejército de Ciudad Juárez. Señalan que es con la llegada de las fuerzas federales que se empezó a sembrar el terror en su ciudad: “Entran a las casas, las saquean, te encañonan”. Para estos estudiantes, el enemigo es claro: “Es el capitalismo salvaje que quiere poseerlo todo”, porque también “el narcotráfico es una actividad neoliberal, también es un negocio”, señalan.

Interludio 2: rebelarse contra la muerte

“Nos rebelamos a la muerte en la ciudad más violenta del mundo”, dice lo que puede ser el manifiesto de Zyrko Nómada de Kombat, formado por jóvenes que rapean, hacen radio, teatro, performance... “circo maroma y teatro, hacemos ruido con lo que se pueda porque estamos en emergencia”, señalan.



Van a los barrios en pequeños batallones, se lee poesía enfrente de las tiendas de abarrotes, se hacen performances, trabajan con niñ@s y los enseñan a rapear, a hiphoppear.

“En una ciudad donde históricamente se destruyó el activismo, el arte y la cultura son las formas que tenemos de defendernos”, dice *Lalas*.

Estos jóvenes “festejan la vida”, porque se consideran sobrevivientes. Seguimos vivos, dicen, y por eso “oponemos la vida a la muerte que se nos enfrenta en una guerra que no elegimos”.

“Están acabando con nuestra generación, están acabando con los barrios de *Juaritos* y, tal vez, la cultura del hip hop, que es lo que hago, pueda ayudar a que a esos morritos no los lleven al matadero”, dice otro integrante y sobreviviente de las calles (que tiene nombre, pero se omite) del Zyrko. Agrega: “Estoy harto de sentir miedo, lo que tengo ganas es de salir y gritar que nos están matando”. A través del hip hop, su grito se escucha.

Lalas explica: “nos vinculamos al barrio, ésa es la idea, barrios en donde los jóvenes no tienen opciones y los papás están secuestrados doce horas al día por la maquila”.

”Salimos sobrando en sus planes, pero estamos vivos y nos vamos a dar un tiro por los chavos en los barrios, no con armas, pero la vamos a hacer de pedo

con todas las manifestaciones de la cultura, vamos a estar con esos barrios”.

Su sentir es que, por ser jóvenes, ya los dieron por muertos, ya son una cifra. “Y como ya nos dieron por muertos, nos rebelamos, festejando la vida: la rebelión es total, a este sistema de muerte y olvido”.

“No queremos ser cómplices de este *despadre*: pinche *despadre*... pinche refuego, lo que hay hoy es un *jovenicidio*”.

Todos los miedos

Hay un miedo cotidiano en la población, certero, porque los jóvenes de Juárez han sufrido las agresiones del ejército y de la policía, han sufrido las ejecuciones y desapariciones de los suyos, de amigos, de familiares, de compañeros. Y hay acciones, también cotidianas y certeras, que rompen el miedo, lo subvierten. Hay una lucha contra él, desde distintos ángulos, y que cobra distintas formas.

Patricia, hermana de Luz Dávila, dice: “El dolor y el coraje congelan al miedo, y nos permite seguir”.

Esta rabia compartida hoy por muchos juarenses rompe momentáneamente con el miedo, pero éste se aferra, se robustece con una presencia militar que sobrepasa los 13 mil efectivos, y se cuela por los rincones de esta ciudad.

Hay miedo, pero “¿qué más fuerte puede ya pasarte que perder a tus dos hijos?”, dice la señora Dávila. Los sobrevivientes luchan contra él y lo revierten: las autoridades, hoy, le tienen miedo a los que no callan.

El ejército y los cuerpos de policía se han encargado de que el miedo se instale en Juárez. Las más de mil denuncias presentadas ante la Comisión Estatal de Derechos Humanos en contra del ejército, son una bicoca comparadas a las miles de denuncias que no se hacen por una sencilla y profunda razón: la desconfianza plena y llana que recae sobre la clase política y sus instituciones.

“¿Sabes lo que es tener miedo de salir en la noche por un litro de leche? —pregunta un joven de Juárez—, el miedo es a que vayas por la leche, te detengan los del ejército, te tiren al suelo y te encañonen”. “Si eres joven te va mucho peor en cualquier retén —cuenta un estudiante—, te vacían tu mochila, todo lo que traigas lo tiran, te amedrentan y, lo peor que puede uno hacer,

es decirles que tienes derechos. Apenas oyen eso los soldados, se ensañan contigo, te insultan y golpean”.

“El miedo es real, hay una especie de sicosis en la población”, dice una maestra de secundaria.

Al principio, fueron los activistas los que pedían la salida del ejército y de las fuerzas federales de Ciudad Juárez. Pronto, los denunciados fueron acusados de estar pagados por la delincuencia organizada: “Se difundió que estábamos pagados por el narco”, señala Jazyhel, estudiante de la UACJ.

Hoy, sin embargo, a dos años de iniciado el “operativo” militar en *Juaritos*, el hartazgo es generalizado. Y es un hartazgo que se fue cocinando con paciencia y que ya existía antes de los asesinatos de ciudadanos estadounidenses relacionados con el consulado de su país. Estas muertes, por impactantes que sean, no se pueden llevar el crédito del descrédito.

“Romper con el cerco y el miedo, y salir y gritar que nos están matando, es en lo que estamos ahora”, dice un joven que viajó 35 horas para estar en una protesta en el Distrito Federal.

Interludio 3: rompiendo el cerco

Veinticuatro mujeres, mamás de asesinad@s y desaparecid@s llegan para participar en el Foro de madres, Foro *con madres*. Estuvieron reunidas: Luz María Dávila y su hermana Paty Dávila, familiares que sufrieron la pérdida de dos hijos en la masacre de Villas de Salvácar; Brenda, esposa de Saúl Becerra, asesinado; la mamá de los hermanos Guzmán, desaparecidos por el ejército; la madre de Juan Antonio Chávez, estudiante de medicina ejecutado; la mamá de Mónica Janeth Alanís, estudiante de la UACJ y desaparecida hace un año; la madre de Josefina Reyes, activista contra la militarización en Ciudad Juárez, asesinada. Al igual que madres activistas de Pasta de Conchos, en Coahuila, y madres de niñ@s que murieron en la guardería ABC, de Hermosillo, Sonora, además de familiares de víctimas de los feminicidios en Ciudad Juárez.

“Fue una experiencia muy fuerte, pero creo que es una forma de despertar a Ciudad Juárez”, dice Patricia Dávila. “También fue triste, pero nos dio valor, no nos arrepentimos, nos dimos cuenta que luchar vale la pena”, prosigue. No somos muchas, dice la señora Dávila, pero “queremos que se vaya viendo



que estamos luchando, yo no voy a dejar esto, si no luchamos, los demás jóvenes en Juárez corren peligro”. También lucha, dice, por una ciudad “que no merece desaparecer”.

Exigen justicia, pero “de verdad”. En el encuentro también estuvo la madre de Israel Arzate, acusado de ser uno de los asesinos en el caso de Villas de Salvarcar. Para los familiares de los jóvenes Piña Dávila, Israel es un *chivo expiatorio*, otro joven más, también víctima de la injusticia.

Entre los jóvenes que acompañaron a las *mamás* a la Ciudad de México, estaban estudiantes de la UACJ, algunos miembros del Comité Universitario de Izquierda, además de jóvenes de La Otra Campaña. Kaori, de Kasa de Kultura para Tod@s estaba entre ellos. Después de alzar la voz frente a la PGR, se enteró que su compañero Jahaziel, fue asesinado en Ciudad Juárez.

Sin dejar su dolor, sigue trabajando y denunciando y exigiendo la salida del ejército de Juárez. “Ahora me toca estar del otro lado”, señala. Un jovencito entró al lugar donde se encontraba Jahaziel, y comenzó a disparar.

Kaori, sin quitarle responsabilidad al *morro* que jaló del gatillo, sabe que detrás hay algo más profundo: “hay un monstruo, que es contra lo que luchamos, contra un sistema, un sistema de carencias, de olvido”. Identificamos a ese enemigo común, señala Selene, también de Kasa de Kultura: “es este sistema de muerte”.

Tod@s tus luchas

En Ciudad Juárez se están dando luchas contra la desmemoria, contra el poder que los explota, reprime y desprecia. Se les despoja aquí de la vida.

En esta ciudad de fronteras inabarcables, de ghettos formados por la exclusión, la migración forzada, el empleo precario, hay voces cada vez más fuertes que festejan la vida, recobran la memoria de l@s muert@s y nombran al enemigo.

No es fácil. La represión, que es generalizada, a veces se recrudece cuando se trata de personas que no callan y que no están dispuestas a hacerlo. Órdenes de aprehensión sacadas de los cajones para amedrentar a miembros de La Otra Campaña, o soldados que entran a la UACJ y otros centros educativos donde hay jóvenes que luchan.

Las *mamás* de l@s muert@s y desaparecid@s tomaron esta vez la batuta. Y como dicen algunos jóvenes del CUI, ellos no están ahí para simplemente solidarizarse; quieren compartir ese dolor y comparten sin duda la rabia contra el desprecio y la represión. La lucha de las madres, es suya.

Una oleada de jóvenes que no quieren morir, pero tampoco vivir con miedo. Que luchan para que no se olvide que en esa frontera de las fronteras, se sigue asesinando a mujeres por el simple hecho de serlo. Y que se mata a jóvenes por la misma razón. Jóvenes que estarían dispuestos a gritar “todos somos pandilleros”, por si acaso esa es la justificación oficial para matarles.

Chavos que luchan contra la criminalización de la pobreza, contra los negociantes que se ensañan con ellos y que se encuentran tanto en el bando “de los buenos”, como en el de los malos en la ficticia guerra. La que ellos viven es real y luchan festejando la vida. Como dice una consigna: que viva la vida, que muera la muerte. ★